

RESIDENCIA SALESIANA SAN JUAN BOSCO

Marqués de la Valdavia, 2 - 28012 Madrid



Con dolor, pero lleno de esperanza, os comunico el fallecimiento de nuestro querido hermano sacerdote

D. VICENTE RÍOS SERRANO

que fue al encuentro del Padre el pasado 7 de marzo de 1987.

Estábamos celebrando, desde el día 6 de marzo, las jornadas misioneras de la inauguración de la nueva Procura Salesiana de Misiones y su magnífica exposición misionera permanente, con unos actos sencillos y emocionantes, presididos por el Rector Mayor, que nos honraba con su visita. El mismo día 6, por la tarde, la Familia Salesiana de Madrid tuvo un encuentro con don Vignó. Habló de la vitalidad de nuestro carisma, expresada en la expansión misionera de estos últimos años, en los que se está haciendo realidad el Proyecto Africa.

Don Vicente, misionero de vanguardia durante sus años en Guinea Ecuatorial y misionero de retaguardia siempre, vivió estos momentos de la presencia del Rector Mayor con toda intensidad. Se le vio alegre y satisfecho durante los actos de la inauguración de la Procura y aprovechó incluso un momento

para acercarse a don Viganó y hacerle una petición: «Diga al señor Inspector que me deje ir a Guinea Ecuatorial.»

Esta petición era como el *leit-motiv* de sus encuentros con el señor Inspector y con los responsables de la «Operación Guinea», que nuestra Inspectoría organiza cada verano. Repetía con frecuencia su ilusión de «morir en Guinea», donde había trabajado con tanta entrega y sacrificio.

El 7 de marzo era el día señalado para encontrarnos los salesianos de la Inspectoría con el Rector Mayor. El tema era: «La animación misionera y nuestra responsabilidad de cara al Centenario '88». No vimos a don Vicente en la conferencia. Finalizada ésta, al regresar a la Casa Inspectorial, recibimos la dolorosa noticia: don Vicente ha muerto.

¿Cómo había ocurrido? Al finalizar nuestra oración de la mañana vimos a don Vicente que se quedaba en la capilla, como hacía muchos días. Comenzó su Eucaristía. Después de comulgar —el misal estaba abierto en la Comunión—, se sentó para dar gracias o porque se sintió mal... Allí le esperaba la hermana muerte. Después de recibir al Señor compareció ante El para recibir el premio por su fidelidad y su amor.

Fue una muerte serena y tranquila. A él, que fue un hombre de muchos caminos, andariego e inquieto, nervioso por temperamento, difícil a veces de localizar porque siempre tenía «cosas que hacer» y no era fácil encontrarle en casa..., el Padre le invitó a «entrar en el gozo de su Señor» dando gracias en la Eucaristía que acababa de celebrar.

Al día siguiente fue enterrado en el panteón salesiano de Carabanchel Alto, donde algunos de los mártires de nuestra guerra y los hermanos fallecidos estos últimos años esperan la Resurrección.

La Eucaristía, presidida por el señor Inspector y concelebrada por numerosos sacerdotes de la Inspectoría, contó con la presencia de miembros de la Familia Salesiana. El don Vicente *obediente, misionero y confesor de comunidades* fue el hilo conductor de la homilía, sentida y cálida, del señor Inspector.

Nosotros, sus hermanos, «lloramos su pérdida y conservamos vivo su recuerdo» (Const. 58).

DATOS BIOGRAFICOS

Don Vicente nació en Terrer (Zaragoza) el 2 de abril de 1906. Hijo de Julio y Josefina, fue el menor de tres hermanos. El padre murió cuando él apenas contaba unos meses... y la madre, con un pequeño estanco-comercio, sacó adelante a sus tres hijos.

Cuando apenas contaba ocho años tenía que ir diariamente a la cercana población de Calatayud con su carro. «Allí compraba sacos de pan para luego venderlos en Terrer. Así ayudaba a vivir», decía él.

La religiosidad sencilla y serena y la devoción de aquella tierra a la Virgen

del Pilar, hicieron que su piedad tuviera siempre un claro matiz mariano y fuera la misma familia el «seminario» donde comenzó a germinar su vocación, sin que fuera la suya la única *llamada* a la gran familia de Don Bosco: una sobrina suya, sor Pilar, es hija de María Auxiliadora.

PROCESO FORMATIVO

Cuando tenía unos quince años marchó a Madrid y encontró trabajo en Casa Galeán, una tienda de ortopedia de la céntrica calle de Carretas. Allí se hizo querer y respetar por su responsabilidad y por su simpatía. Por influencia de una tía suya, archicofrade de María Auxiliadora, acude al Oratorio del Colegio Salesiano de Atocha. Salesianos de la categoría de don Félix González (mártir en la guerra española años más tarde) y el señor Urtasun («Pichirichi») fueron influyendo en él y en su futura vocación salesiana. Empezó a ir diariamente a misa antes del trabajo.

Tras madura reflexión, marchó a Béjar para iniciar su aspirantado... y de allí a Astudillo (Palencia), donde pasó dos años. Por su edad, y especialmente por su formación y forma de ser, se ganó la confianza de sus superiores y fue nombrado enfermero y dispensero. Había mucho que curar y muy poca comida que repartir.

Y de Astudillo a Madrid-Paseo de Extremadura, donde continuó su aspirantado. Otros dos años. De nuevo fue nombrado dispensero, enfermero y recadero... y él mismo se preguntaba: «¿Cuándo estudiaba yo las lecciones?»

Tenemos que destacar otra faceta: la de sus cualidades artísticas. No había obra de teatro en la que él no tuviera un papel destacado. «Hice de todo: de gitano, de torero, de loco, de poeta... Se partían de risa conmigo», decía.

Comenzó su noviciado en Carabanchel Alto. Allí estuvo seis meses. Era don Ramón Goicoechea el Padre Maestro. Terminó el noviciado en Mohernando (Guadalajara). Y, una vez más, se convirtió en «*factotum*»... con una disponibilidad total. Hizo sus primeros votos el 10 de octubre de 1930. Comenzó sus estudios de Filosofía en Mohernando y luego fue enviado a Vigo, Salamanca y Carabanchel, donde realizó su trienio práctico.

Durante su estancia en Vigo, hizo sus estudios de Magisterio en Pontevedra, con múltiples peripecias y aventuras.

Debido a los años difíciles de la guerra española hubo de hacer sus estudios teológicos en Carabanchel y Salamanca. Durante los dos últimos años de Teología en Salamanca es profesor del Colegio y encargado del teatro.

El 8 de abril de 1939 fue ordenado sacerdote por el entonces obispo de Salamanca, monseñor Plá y Deniel.

«Tenía la edad de Cristo» (33 años), gustaba repetir recordando su ordenación sacerdotal, y se acordaba «de los versos que me hizo Ocaña para ese gran

día». En efecto, don Julián Ocaña le dedicó unos versos, que tituló «Manos de Dios»:

*«Si al ungírlas, ayer, te las ataron,
es que libres no son.
Ya son consagradas.
Consérvalas por siempre inmaculadas,
que son manos de Dios.»*

POLIFACETICO Y POLIVALENTE

Tras su ordenación sacerdotal comienza su éxodo por casas de la antigua Inspectoría Céltica. Los superiores siempre le encontraron en actitud de disponible.

Así, marchó a Béjar, como consejero, en el curso 1939-40. Solamente estuvo un año en este cargo, pues al finalizar el curso fue enviado a Vigo-San Matías, también como consejero, además de consiliario de AA.AA. y de la Acción Católica.

Tuvo lugar por entonces la «gran misión», en la que don Vicente y demás salesianos de la comunidad tomaron parte muy activa. «Me tocó un grupo de casi mil chicos y chicas. Les enfervoricé de tal manera que todos querían confesarse. Como no había confesionarios (el acto se celebraba en un local que «el protestante alemán» había cedido) para confesar a las chicas tuve que abrir un paraguas... y así actuar en línea canónica...» También le tocó predicar la misión a los obreros del puerto.

Director de Béjar (1943-49), etapa que significó mucho para él y para la industriosa y salesiana ciudad salmantina. Le costó mucho aceptar este cargo: «Me parece mucho para mí», decía al señor Inspector. Aceptó. «Todos los bienes que recibí en herencia fueron unas 300 pesetas en calderilla», decía.

Son múltiples los testimonios que hay de esta época. De la crónica de la casa se deducen algunos rasgos, así como de escritos enviados por salesianos y antiguos alumnos tras conocer la noticia de la muerte de don Vicente.

- Dio gran impulso al Oratorio y al Círculo Domingo Savio.
- Dedicó gran atención a los estudios mercantiles. Muchos alumnos lograron sacar el título de Perito Mercantil.
- Inculcó la devoción a María Auxiliadora y fomentó la Asociación de Antiguos Alumnos.
- Aumentó el número de socios de la Adoración Nocturna.
- Impulsó las vocaciones religiosas y sacerdotales. Puso en este empeño una gran ilusión.
- Se preocupó de buscar puestos de trabajo a los AA.AA. que lo necesitaban, recorriendo las fábricas y talleres de la ciudad.

— Comenzó a realizar obras en el Colegio... y empezaron a surgir y aparecer los grandes problemas económicos que le acompañarían siempre.

Su gran obra bejarana fue la construcción de la iglesia. Un día le dijo el señor Inspector: «La obra de Béjar es de tal envergadura que necesita una iglesia.» Y él se lanzó a su construcción.

¿De dónde sacar el dinero? «Del Banco de la Providencia», declaraba. Y, a lo Don Bosco, comenzó a pedir de puerta en puerta. Muchas familias le ayudaron generosamente, pero otras...

Dice el entonces presidente de los AA.AA., Saturnino Hernández:

«Nos dio en todo un ejemplo de humildad. Muchas ayudas prometidas, a la hora de la verdad se esfumaban. Tuvo que solicitar recursos pidiendo a ricos y pobres, con lo que ello implica muchas veces de humillación. En más de una ocasión, al llamar a la puerta y anunciar la empleada de hogar a los señores la visita de don Vicente, por la puerta entreabierta escuchaba palabras y epítetos más que mortificantes. El no se daba por aludido y soportaba después, incluso, hipócritas adulaciones.»

La comunidad sobrellevó admirablemente las estrecheces que la obra de la iglesia y el comedor de los internos y mediopensionistas (muchos de ellos gratuitos) imponían.

Por fin la iglesia pudo inaugurarse el 12 de noviembre de 1949. Todavía quedaban muchas deudas pendientes. El buscó multitud de medios, comprando, vendiendo, pidiendo créditos, haciendo subastas (en una de ellas logró que le dieran 800 pesetas por un cigarrillo), rifas... En definitiva, su creatividad en lo económico le hizo salir airoso en esta empresa, arriesgando incluso «su pelleja», como dice algún testigo, pues, al igual que Pablo salió descolgándose por las murallas de la ciudad, así él tuvo que marchar de Béjar una lluviosa noche, en tren, a Salamanca, para dejar atrás a algunos a quienes debía dinero y que le estaban esperando con intenciones nada amistosas.

Y desde Béjar de nuevo a Vigo como catequista. Trabajó con su entusiasmo característico hasta que, al acabar aquel curso (1949-50), fue destinado a la nueva obra de Cambados (Pontevedra), casa que se abría entonces para los aspirantes al sacerdocio.

Sus tres años en Cambados (1950-53) como confesor se distinguieron por sus correrías apostólicas por aquellos pueblos gallegos. Decía misa, predicaba en las fiestas, confesaba... Se vio en la necesidad de hacerse con un vehículo. En Vigo tenía algunos amigos, obreros y trabajadores del puerto, que un día le invitaron a comer sardinas. El aceptó gustoso y les presentó su problema: comprar una bicicleta. Ellos le indicaron el vendedor y le acompañaron. A la hora de pagar descubrieron que no tenía un céntimo. «Yo he venido a comprar gratis la bicicleta», les dijo.

La conclusión fue que aquellos amigos se la pagaron y él lució por diversos

pueblos «aquella bicicleta de señora... que me venía muy bien, pues así no se me enredaba la sotana».

Y desde Cambados a Madrid, al Parque de Automovilismo. Solamente estuvo un año. Trabajó apostólicamente con aquellos jóvenes alumnos-militares y supo inculcarles la devoción a María Auxiliadora.

El entonces Inspector, don Alejandro Vicente, le ofreció una obediencia difícil: hacerse cargo de la nueva obra de Los Pizarrales, en Salamanca (1954).

Otra vez inició la peregrinación pidiendo de puerta en puerta. Los terrenos ya estaban comprados, pero había que pagarlos. Acudió a conocidos de Madrid (sus antiguos «amos» conocieron sus «sablazos»), a sus amigos de Vigo... y naturalmente a sus bienhechores de Béjar y Salamanca. Compraba por cinco objetos que luego vendía por diez. Hacía rifas, instalaba huchas en los comercios, organizaba tómbolas y hasta un festival taurino, que a punto estuvo de causarle un serio disgusto, «porque una tormenta, la víspera del festejo, casi me obliga a suspenderlo». Al menos, como él decía, cubrió gastos.

Vicepostulador de la causa de nuestros mártires (1955-56). Esa fue la siguiente misión que se le confió. Primero como ayudante de don José Luis Bastarrica, responsable del proceso; luego vicepostulador cuando don José Luis pasó a ser testigo principal de las causas de los 41 mártires de la Inspectoría Céltica.

El trabajo de don Vicente nadie lo veía. Era un trabajo en soledad: tenía que ir buscando por toda la geografía española los testigos que pudieran y quisieran aportar datos sobre los hermanos que habían muerto «in odium fidei».

«Puso en el trabajo todo su entusiasmo. Su latín no era muy fluido, pero se superó y como vicepostulador salió airoso de su cometido. El mismo llevó las Actas a Roma, a la Sagrada Congregación de Ritos, una vez concluido el proceso diocesano, presidido por el excelentísimo y reverendísimo don Leopoldo Eijo y Garay», afirma don José Luis Bastarrica.

Y después de tratar con las altas jerarquías de la Iglesia en asunto tan delicado, fue nombrado responsable de la Escuela Agrícola Salesiana de El Bonal-Puertollano (1956-57).

¿Con qué misión? Los señores marqueses de Alava habían donado a la Congregación una gran finca. De común acuerdo, se decidió vender parte de la misma para empezar a construir el Teologado de Salamanca. A don Vicente se le encomendó la tarea de encontrar compradores. Residía en la comunidad de Puertollano, pero viajaba constantemente por aquellos pueblos manchegos. Una vez más, hizo de comerciante, de tratante en ganado, de granjero..., preparando así su siguiente destino: la Granja Agrícola de Saldañuela (Burgos).

Posteriormente fue Delegado Inspectorial de Cooperadores, de AA.AA. y, durante muchos años, encargado de **Vocaciones**. Fue ésta una de sus obsesiones. Recorrió todas las provincias de nuestra Inspectoría. Hablaba en los colegios de los pueblos, se ponía en contacto con los párrocos, con los maestros.

A «lomos de su 600», comiendo donde podía y lo que podía... a veces «pan y aire fresco», recorrió las ciudades de Castilla e innumerables pueblos. Su espíritu de sacrificio, su entrega y fundamentalmente su piedad, hicieron que muchos jóvenes llegaran a nuestras casas de formación y sean hoy sacerdotes o coadjutores que desarrollan su misión salesiana por todo el mundo.

Desempeñó otros cargos en los colegios de Arévalo, Automovilismo y San Fernando mientras seguía como responsable de las vocaciones.

Merecen destacarse sus años en *Guinea Ecuatorial*. El Capítulo Inspectorial del 72 aprobó nuestra presencia en aquel país africano. Otros religiosos (La Salle, Escolapios) habían sido expulsados de Guinea. Hacía cuatro años que España había concedido la independencia a esta colonia, que se convirtió, el 12 de octubre de 1968, en la República de Guinea Ecuatorial.

Don Vicente se ofreció a los superiores —tenía entonces 61 años— y marchó a comienzos del curso 1972-73 formando parte, como administrador, de la primera expedición. La comunidad salesiana llegó a Bata, la ciudad más importante de la región continental ecuatoguineana. Residían los Salesianos en el colegio Enrique Nvó, del que se hicieron cargo. Aquel centro tenía más de mil alumnos, además de un internado con 150 niños a los que había que educar y... alimentar.

La creatividad de los Salesianos y de su administrador se puso a prueba a la hora de buscar alimentos. Estos, por circunstancias diversas, llegaron a faltar, pero su pericia y su confianza en la Providencia triunfaron una vez más.

La comunidad pasó su prueba de fuego años más tarde. El 22 de diciembre de 1976 los Salesianos fueron encarcelados. Don Vicente fue abofeteado. Se le oyó exclamar: «Lo mismo hicieron con Jesús. ¡Bendito sea Dios!»

Fueron condenados a chapear las fincas y a cortar árboles y maleza en el bosque, «desde la salida del sol hasta el ocaso». Don Vicente pronto cayó enfermo. Lo llevaron al hospital, donde fue atendido por un médico cubano, que le facilitó volver a España meses antes de que lo hicieran los demás salesianos. Estos tuvieron que abandonar Guinea al finalizar el curso 1976-77.

A la caída del régimen de Macías, los nuevos gobernantes reclamaron la presencia de los religiosos españoles. Se volvió a Guinea Ecuatorial en 1980, cuando la Congregación estaba comenzando el Proyecto Africa.

Debido a su edad, don Vicente no pudo formar parte de las comunidades que la Inspectoría de Madrid tiene actualmente en Guinea. Pero desde que se organizó la primera «Operación Guinea» (trabajo misionero, en verano, en aquella nación) él siempre se las arregló para trabajar, a su manera, en Bata o en Malabo.

A su vuelta de Guinea (1977) fue destinado como confesor al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios. Esto era poco para él, acostumbrado siempre a realizar varias encomiendas a la vez. Se le responsabilizó de todo lo concerniente a Guinea, o, como decía su tarjeta de visita, fue «Procurador de las Misiones de Guinea Ecuatorial». Se relacionaba con la Embajada de Guinea en Madrid,

con el Ministerio de Asuntos Exteriores, con los militares de la Cooperación... Enviaba comida, libros, ropa, maquinaria. Buscaba dinero entre sus múltiples amigos y bienhechores, pedía sellos por los despachos para que «luego sirvieran para Misiones»...

En definitiva, don Vicente vivió sus últimos años con la obsesión de Guinea. Llevaba este país en su corazón. Deseaba, incluso, morir allí. Y como indicábamos al comienzo de la carta, pidió al Rector Mayor volver a Guinea Ecuatorial. Al día siguiente de su encuentro con don Viganó, don Vicente realizaba su última singladura para encontrarse con el Padre.

RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Si esto fue, a grandes rasgos, su vida, las pinceladas que enmarcan su personalidad abundan en los testimonios llegados a esta Casa Inspectorial tras el fallecimiento de don Vicente.

Disponibilidad: «Le traté especialmente los primeros años después de nuestra guerra. Eran tiempos muy duros, por la gran escasez de personal y de medios económicos. En varias ocasiones me vi en la necesidad de pedir a don Vicente obediencias verdaderamente heroicas. Casi no me atrevía a proponérselas; pero él siempre me respondía con gran naturalidad: “Como usted diga, señor Inspector.” Inmediatamente se ponía en camino con todo fervor y entusiasmo» (don Modesto Bellido).

«No he conocido en sus labios un NO a todo lo que se le pidiera... y se le han pedido cosas difíciles y superiores a su preparación. El ponía un gran empeño en todo y se entregaba por completo a lo que se le encomendaba» (don José A. Rico).

«Ninguna dificultad era capaz de detener su caridad. Aceptaba siempre cuanto le ordenaron los superiores con edificante humildad y actitud de servicio» (don Fernando Bello).

«Aceptaba cargos que no eran del agrado de nadie», dicen algunos salesianos que han convivido con él. Las obras de Béjar y Pizarrales, su trabajo en El Bonal y Guinea Ecuatorial... corroboran las anteriores opiniones.

Trabajador incansable por amor a la Congregación

«Amor sin límites a la Congregación, a la Congregación real, con sus obras, personas y defectos» (don José A. Rico).

Desde muy joven tuvo que trabajar. En su Terrer natal, para ayudar a su madre; en Madrid, como mozo o chico de los recados en la tienda de la calle de Carretas; en los años de formación, como enfermero, despensero, factotum...

Su gran humildad y sencillez le llevaban a acoger cualquier insinuación del superior para hacerla realidad. Siendo ecónomo en varias casas, tuvo que inventar todo tipo de triquiñuelas para lograr lo que necesitaba, y lo mismo se subía a un andamio que «engañaba a un gitano» o vendía o compraba ganado en la feria cercana.

«Como administrador de la comunidad de Bata, sabía moverse para buscar medios de sostenimiento, utilizando su innata aptitud de “pedigüeño”. Fue conocido por “Padre Bolígrafo” porque a los numerosos regalos que le hacían —especialmente frutas— él correspondía con un bolígrafo barato, que causaba furores. Cuando atracaba en el puerto algún barco ruso, allá iba don Vicente con su botella de coñac, que lograba cambiar por varios kilos de langostinos, que eran la delicia de la comunidad. Con estos y otros intercambios se sentía feliz» (don Fernando Bello).

Sólo los muy íntimos conocen los apuros que tuvo que pasar en la organización del Congreso de Cooperadores cuando era Delegado Inspectorial o cuando iba por los pueblos de Castilla y, debido al cansancio y a las preocupaciones, se quedaba dormido sobre el volante y despertaba con el coche en un sembrado... gritando «¡María Auxiliadora!».

En sus últimos años, cuando no podía realizar el trabajo de otras épocas, se sentía profundamente deprimido. «Quiero ser útil a la Congregación, a la comunidad», decía. Intentaba convencerle de que su trabajo actual era «otro»..., pero de su Aragón natal, además del cariño a la Virgen del Pilar, tenía otras cualidades...

Iba por los despachos de las casas salesianas o de organismos oficiales, donde tenía familiares o amigos, y recogía los sellos de las cartas. Han sido centenares de kilos los recogidos por don Vicente. La limpieza de estos sellos le llevaba muchas horas, pero quedaba satisfecho porque había trabajado por las Misiones.

Sacerdote celoso

Era un hombre de una piedad sencilla y profunda. Más que un teórico de la oración —él no tuvo tiempo para hacer grandes investigaciones en el mundo de la cultura— era un «*rezador*». Sabía que toda actividad apostólica debía brotar del contacto con el Señor y pasaba sus buenos ratos rezando ante el sagrario o rezando el rosario a la Virgen.

Joven sacerdote todavía, no perdía la oportunidad para hablar de cualquier tema religioso, poniendo todo el corazón en lo que decía. Así le recuerdan sus antiguos alumnos de Béjar en las «buenas tardes», o las buenas gentes de los pueblos cercanos a Cambados, o sus muchos amigos de Bata, en Guinea Ecuatorial.

Más de una vez predicó tandas de Ejercicios Espirituales con muy pocas

horas de preparación. Recordaba en los últimos meses una tanda a los que entonces eran estudiantes de Filosofía: «Más de uno dijo que NO y le tocó a Vicente.» El puso todo su entusiasmo, como siempre, y salpicó sus charlas con innumerables ejemplos y chascarrillos, que hacían imposible el distraerse.

Hasta su muerte, fue capellán de las Esclavas de Cristo Reparador (Villa Oliva). No faltó un domingo a su Eucaristía. Llegó a viajar de noche, con sus 80 años, para ser fiel a su obligación pastoral. Escribía sus sermones, pero luego, a su aire, los iba condimentando con múltiples ejemplos de Don Bosco o casos que le habían ocurrido a él.

En la homilía de su funeral, el señor Inspector destacó una faceta muy importante en el don Vicente de sus últimos años: confesor de comunidades. Tenía distribuidos los días de la semana para pasar por comunidades de la Inspectoría. Bastaba que alguien le llamase para que él, al punto, se hiciera presente.

Por último, hay que destacar su cariño y amor a María Auxiliadora. Recordaba con nostalgia su «obra de Béjar»: la iglesia. «La Virgen debe estar contenta. La iglesia no es muy suntuosa, pero es digna.» A pesar del poco tiempo libre del que dispuso por sus ocupaciones, no sabía negarse cuando se trataba de hablar de la Virgen e incluso de predicar más de una novena a María Auxiliadora.

A la par que buscaba sellos y pedía dinero para las Misiones, repartía el calendario de la Virgen entre sus muchos conocidos y amigos. «Así hacemos propaganda de María Auxiliadora.»

Hermanos, esta Inspectoría ha perdido un salesiano muy valioso, un «todo-terreno» que por fidelidad a su vocación, su amor a María Auxiliadora y a Don Bosco, era capaz de hacer mucho más de lo que su preparación humana le permitía.

Si «cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo», hoy nosotros nos alegramos, porque, una vez más, se ha hecho realidad en don Vicente.

Reza una oración fraterna por él y por esta comunidad de la Casa Inspectorial de Madrid.

Vuestro afmo. en Don Bosco.

PEDRO LOPEZ GARCIA
Director

Madrid, 19 de abril, Pascua de Resurrección, de 1987.

DATOS PARA EL NECROLOGIO: *Don Vicente Ríos Serrano*. Nació en Terrer (Zaragoza) el 2 de abril de 1906. Murió en Madrid el 7 de marzo de 1987 a los 80 años de edad, 57 de profesión religiosa y 48 de sacerdocio.

